

LIBROS / Críticas

El planeta en manos de los políticos

Naomi Klein apunta a la responsabilidad de las élites en un cambio climático que amenaza la Tierra. Propone nuevas relaciones en un libro en el que Europa está ausente

Esto lo cambia todo

Naomi Klein
Traducción de Albino Santos Mosquera
Paidós. Barcelona, 2015
650 páginas. 24 euros (9,99 digital)

Por José Manuel Sánchez Ron

ENSAYO. *Esto lo cambia todo*, de la periodista Naomi Klein, recordada por libros como *No logo* y *La doctrina del shock*, es un libro importante. El asunto del que se ocupa no puede ser más relevante: el cambio climático, amenaza que nos acecha y que oscurece nuestro futuro. Al contrario que muchos autores, Klein se centra en la política, en especial en las acciones sociales necesarias para combatir el aumento de temperatura de la atmósfera terrestre y el emponzoñamiento de tierras, aire y mares que este lleva asociado, y no en los argumentos científicos, aunque estos afloran con frecuencia a lo largo de sus páginas. Tiene razón en adoptar semejante enfoque, porque combatir el cambio climático tiene que ver sobre todo con quienes poseen poder.

"El cambio climático", escribe, "no ha sido tratado nunca como una crisis por nuestros dirigentes, aun a pesar de que encierra el riesgo de destruir vidas a una escala inmensamente mayor que los derrumbes de bancos y rascacielos...

Es evidente que el hecho de que algo reciba la consideración oficial de crisis depende tanto del poder y de las prioridades de quienes detentan ese poder como de los hechos y de los datos empíricos. Pero nosotros no tenemos por qué limitarnos a ser simples espectadores de todo esto... Si un número suficiente de todos nosotros dejamos de mirar

para otro lado y decidimos que el cambio climático sea una crisis merecedora de niveles de respuesta equivalentes a los del Plan Marshall, entonces no hay duda de que lo será y que la clase política tendrá que responder, tanto dedicando recursos a solucionar la como reinterpretando las reglas del libre mercado que tan flexiblemente sabe aplicar cuando son los intereses de las élites los que es-



Imagen de unos glaciares en Groenlandia. Foto: Ian Joughin

tán en peligro". Los poderes que Klein desvela son bien conocidos: políticos que no quieren arriesgarse a impulsar cambios socioeconómicos radicales, y otros "demasiado ligados" a las poderosísimas compañías cuyo negocio es el principal responsable de las emisiones de compuestos de carbono que alimentan el efecto invernadero. El verdadero pro-

blema, repite una y otra vez Klein, es el capitalismo desregulado, reforzado por la globalización, un capitalismo que se ha incardinado en elementos del tipo de "tratados de libre comercio", que pueden convertirse en barreras insalvables para políticas locales de fomento de energías.

Entre los muchos asuntos que se tratan en este libro mencionaré unos pocos, que dan idea de su contenido y pre-

inyectar partículas en la atmósfera para que esta refleje la luz del Sol, que a uno le hacen pensar inmediatamente en el Frankenstein de Mary Shelley.

En realidad, el objetivo de *Esto lo cambia todo* no es otro que defender un nuevo mundo, político, social y económico, basado en relaciones y regulaciones diferentes a las que nos gobiernan hoy; un mundo en el que nuestro planeta no se contemple como un objeto de libre disposición y recursos ilimitados. Y al ser este su objetivo, es un libro no solo comprometido, sino militante también, con opciones políticas de la autora que se manifiestan con claridad. No deja de ser significativo en este sentido lo que leemos en la última página—notas aparte— del libro: "Hace un año, mientras cenaba con unos amigos que acababa de conocer en Atenas, les pedí ideas sobre posibles preguntas para una entrevista que iba a hacerle a Alexis Tsipras, el joven líder del principal partido de la oposición oficial griega y una de las pocas fuentes de esperanza en una Europa asolada por la austeridad". Como es bien sabido, Tsipras es hoy primer ministro de Grecia, y no todos estarán de acuerdo en la opinión que de él tiene Klein.

El gran defecto de *Esto lo cambia todo*, centrado sobre todo en América del Norte, en Canadá, la patria de Klein, es que Europa es casi un invitado de piedra. Son excesivas las páginas dedicadas a pueblos indígenas, a las "primeras naciones" canadienses, a los ataques que han sufrido sus "derechos aborígenes" y a cómo esos pueblos podrían llevar una vida respetuosa con la naturaleza basada en energías alternativas. Es complicado extrapolar sus circunstancias a Europa, sobre cuya casuística Klein pasa casi en volandas. En un texto de 572 páginas, más 80 de notas, el detalle, repitiendo argumentos una y otra vez, que la autora dedica a algunas de esas "primeras naciones" cansa, obstaculizando así la difusión de sus principales tesis. En cualquier caso, el esfuerzo de completar su lectura merece ciertamente la pena. •

La voz que no era nadie

Lo que escucha la lluvia es un libro a contracorriente de las modas, un monólogo personal y honesto de principio a fin

Lo que escucha la lluvia

Francisco Solano
Periférica. Cáceres, 2015
120 páginas. 15 euros

Por Carlos Zanón

NARRATIVA. FRANCISCO SOLANO (*La Aguilera*, Burgos, 1952), como todo castillo escocés que se precie, alberga sus propios fantasmas. Obsesiones que como creador sitúa, busca y esconde en todo lo que hace. Pero es difícil que cualquier otro libro suyo sea más preciso e intenso que *Lo que escucha la lluvia*. Es este un engranaje intelectual de, por y contra las palabras como único camino para fracasar al nombrar lo innombrable. Escrito con un dominio ejemplar del lenguaje y del cauce por donde discurre el narrativo, *Lo que escucha la lluvia* es un libro a contracorriente de modas y modos, personal y honesto de principio a fin. En el que se exige un esfuerzo al lector como pago previo del viaje. Un esfuerzo de lectura, de conseguir una burbuja de silencio a nuestro alrededor para que Solano nos la

llene de una voz que son palabras y más palabras. Palabras, eso sí, que nunca serán cáscaras vacías. Que el escritor no dejará que se le desboquen, que le engañen, que se escondan tras la brillantez o belleza de sus propias imágenes o metáforas. Solano es aquí un jinete que sostiene las riendas para que las palabras vayan al trote, libres, aparentemente diletantes sí, pero siempre marchando hacia algún sitio, con un sentido.

Tenaz en el compromiso de otros libros suyos con una literatura que trate de desentrañar con palabras lo que las palabras no pueden decir. Y a la vez, ser una búsqueda de sí mismo y del lector. Francisco Solano es deudor confeso de la escuela centroeuropea o afines, de tal modo que a veces parece estar paseando por el balneario con Musil, Vila-Matas, Sebald, Walsler, Bernhard o el Señor K. En esa afinación Solano vuelve a tratar de disolver la memoria en aras de la identidad. Nada de lo que dice al mundo lo que somos (nuestro nombre, nuestro aspecto, lo que se sabe de nosotros, lo que recordamos) informa apenas de nosotros. ¿Entonces...?



Un niño se columpia en una casa flotante. Foto: Magnum

Desde el principio la voz narrativa interpela al lector como en un monólogo dramático. Envuelve a éste no en un canto de Sherezade, ni en una sinfonía armónica de conceptos y palabras, imágenes y sensaciones que nos hagan seguir al flautista de Hamelin. El monólogo está siempre tensionado. Nos exige atención, nos distrae y nos llama al orden, nos enseña las trampas, nos traza el circuito de memoria,

imaginación y vuelta a empezar con la lección aprendida. Una voz narrativa que se hace decir improbable, difusa, esquiva. Que, por ejemplo, nos remite a la infancia, pero nos suelta de la mano cuando reconocemos como familiar ese escenario. Una voz que entra y sale de personajes que son ella y no lo son. En los que el narrador se imagina o reconoce o juega a todo ello para demostrarnos la impostura y, dentro de ella, la verdad que se ha vuelto a desvanecer. Solano o su narrador nunca nos quiere engañar. Sólo trata de valorar la fuerza de la ficción para demostrarnos que el Dios engañador cartesiano—este libro tiene algo de ensayo sobre la duda metódica—nos literaturiza la memoria, nos embriaga en cuanto aparece la imaginación, nos busca camas calientes para que dejemos nuestra búsqueda. Pero *Lo que escucha la lluvia* no es una catedral vistosa de humo y espejos. Sino que el libro llega a algún sitio. Al final, el autor nos permite observar la redención—la suya, no la nuestra—en una emoción desnuda que ya no esperábamos. Destruída toda nuestra fe en las palabras como brújulas, Solano nos entrega algo puro, inservible, improbable pero puro que solo sirve para el narrador/autor—un grito, un nombre, un momento, una falla—, pero que nos alecciona a que busquemos la palabra que somos en una suerte de cábala privada. •

8 EL PAÍS BABELIA 16.05.15